



LA ESTRELLA DEL DESIERTO

Miriam Baños

LA ESTRELLA DEL DESIERTO



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miriam Baños

ISBN: 978-84-18544-20-0

ISBN digital: 978-84-18544-21-7

Depósito legal: M-29524-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5.

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi madre por ser
la luz, el camino y el corazón
de La Estrella del Desierto.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I ANCESTROS	19
CAPÍTULO II SALTO EN EL TIEMPO.....	39
CAPÍTULO III SUSURROS DE ARENA	45
CAPÍTULO IV CONTRASTES	53
CAPÍTULO V EL BAILE DE LAS ESCLAVAS.....	59
CAPÍTULO VI TIEMPOS DIFÍCILES.....	83
CAPÍTULO VII LA BATALLA.....	93
CAPÍTULO VIII LA DECISIÓN	111
CAPÍTULO IX YASMINE, LA ESPADA Y EL CORAZÓN	127
CAPÍTULO X ENCUENTROS	143
CAPÍTULO XI PURA RAZA	147
CAPÍTULO XII EL HECHIZO DEL DESIERTO.....	155
CAPÍTULO XIII LA JOYA DE LA CORONA	157
CAPÍTULO XIV EL LEGADO DEL EMIRATO.....	165
CAPÍTULO XV LA BODA.....	173
CAPÍTULO XVI LA LEYENDA DE UNA ESTRELLA	187

PRÓLOGO

Primero descubre qué quiere tu héroe. Después, síguelo

RAY BARDBURY

Siempre nos ha atraído lo exótico, lo desconocido, lo flamante. Diversos escenarios adornados por sucesivos velos, túnicas, vestimentas, perfumes, aceites, alhajas, interminables patios, alfombras persas y árabes; así como el sabor inconfundible de su gastronomía a través de varias especias y deleitantes condimentos fascinan de tal modo que es irremediable introducirte en esta historia y vivir en primera persona la vida de sus personajes.

Cuando heroínas, epopeyas, telones de fondos tan atractivos y sublimes, nos envuelven en plena lectura, cabe destacar que el prologar una obra solo es el inicio de la esencia que se desprende de la misma.

Centrándonos en la obra que nos ocupa, La estrella del desierto, cabe hacer mención al ambiente exótico creado por los parajes y la cultura oriental, lo que hace que esta historia cobre fuerza a medida que avanza su trama, desplazando el encuadre desde un campamento, con su desierto, oasis, palmeral, hacia la capital del país, en el Emirato.

Yasmine, su protagonista, a través de la amplia educación que recibe, tendrá características orientales propias de su raza, representando al prototipo de mujer de su entorno, conjugadas con el adelanto de la Europa actual, caracterizada con perfiles de una auténtica guerrera también de su linaje.

La calidad histórica oriental que nos legan las epopeyas, nos hace creer que lo exótico, lo lejano, es como un sueño, al que damos forma nada mas despertar. En este caso, la epopeya nos llega de manos de Yasmine. Su belleza unida a su astucia y al arte de la lucha de los hombres del desierto, hará que su personaje se convierta en toda una heroína. Marcará su destino y la historia de su pueblo, hallándose en un contexto muy arraigado en cuanto a costumbres y tradiciones.

Las fuentes petrolíferas, el entreno de ejércitos, las armas modernas, el mundo de los sultanes, jeques, emires, caídes... El marco inconfundible y enigmático de las ciudadelas. Los sabores típicos e inconfundibles de su deleitante gastronomía, sus deliciosas especias, admirables caballos árabes, así como la música de dichos territorios, endulzarán todo este entramado.

En cuanto a nuestra protagonista y heroína, basándonos en su contexto y costumbres, solo cabe mencionar: «Que Dios la guíe su camino como heredera del Emirato y de su destino. Ya es una auténtica mujer con alma de guerrero, una heroína convertida en leyenda. Es la estrella del desierto».

INTRODUCCIÓN

Esta historia resulta homérica, apasionante, humana. Vivid toda la magia que hay en ella y dejasos llevar por su leyenda. Los escenarios de la obra, Campamento y Emirato, sus protagonistas, lograrán cautivarnos a todos a través de la evolución de esta trama. En un principio tradicional, sensible, humana. En un transcurso, conmovedora y heroica. En un final, inmortal.

Las dunas de oro del desierto constantemente son acariciadas por el sol que, junto al resto de los astros, marcará el devenir y el desarrollo de los personajes de esta obra. Se presagiarán tiempos de cambio y todo ello se verá reflejado en su protagonista, quien nos marcará notablemente en su progreso personal hacia una evolución que nos deslumbrará, de ahí al título de la obra.

Los astros, elemento clave en el contexto en el cual nos introducimos, serán decisivos a la hora de tomar decisiones en esta historia y acompañarán a los personajes tanto a nivel emocional como evolutivo.

La astrología, se utiliza como un mecanismo casual en el entramado que nos ocupa. Es una constante en sus personajes que los protegerá a lo largo de su vida. El patriarca, padre del gran Caíd Omar Said, el también gran Caíd Abbas, así como posteriormente lo veremos en su nieta, influenciado potencialmente por los elementos cósmicos, logra alcanzar una evolución que vemos solamente en el inicio de la obra, pero que desembocará en un final que solamente estará presente en todos y cada uno de los personajes de *La Estrella del Desierto*.

La simbología astrológica de los planetas confluye poderosamente en los designios del ser humano. Lo guía, lo aconseja y le acompaña a lo largo de toda su vida. Desde pequeños nos preguntamos qué hay al otro lado del universo y solo hallamos respuesta tras cegarnos siguiendo a las estrellas fugaces, a las cuales pedimos deseos que esperamos alcanzar, logrando un espectáculo de magia y misterio que nos envuelve a lo largo de toda nuestra vida. Tanto el sol, las nubes, la lluvia, la tormenta en sí misma, forman parte de nuestros días, de nuestro destino. Al igual que los personajes de esta obra, podemos ser partícipes de sus historias, asemejando nuestra vida a la suya en más de lo que creemos posible. Puesto que la algidez y el ocaso forman parte de la vida en sí misma. La existencia humana a través de varios siglos, sigue siendo un misterio incluso para los científicos, para los astrólogos, para todos aquellos que desean encontrar respuestas tangibles en un mundo tan real, humano como espectacular e incierto. Solamente debemos mirar con los ojos del corazón, de nuestros más profundos sentimientos para acariciar cada poro de nuestra piel a través de esas luminosas y esperanzadoras estrellas fugaces que pueden llegar a convertirse en el motor y fuerza motriz de nuestros días.

Las fascinantes puestas de sol harán que el Campamento del Caíd cobre fuerza, dando vida a cada uno de sus habitantes. Cada cual representará un papel fundamental en el contexto del Oasis, ya que Omar Said nunca hará diferencias entre sus hombres, dotándoles a todos ellos una relevancia por igual que le hará convertirse en el referente del gran Caíd entre Caídes.

Los atardeceres homéricos cobrarán fuerza con la belleza de nuestra protagonista, Yasmine. Ella será quien guie las fuerzas del universo, contrastando su dualidad entre el Palmeral en el cual dejará su corazón y el Emirato, lugar donde la llevará su destino.

En cuanto a los caballos a los que hará referencia la obra, cabe destacar que, junto a los incomparables de raza árabe, los españoles forman parte de los mejores del mundo, convirtiéndolos en ad-

miración y referente dentro de los que se encuadran en el universo paralelo con lo ecuestre e incluso, de quiénes no, puesto que dichas razas son antecesores de antiguas mitologías y pragmatismos que van más allá de la esencia caballeresca y heroica de la que forman parte.

Las fuentes petrolíferas, otro soporte, sino mencionar, el mayor aporte económico y de sostenibilidad como materia prima, la importancia de la gran cantidad de fuentes petrolíferas, su distribución, venta y derivados, constituyen un pilar fundamental en el mercado mundial y en la política exterior de varios países.

Cabe destacar que el control del petróleo se ha vinculado a diversos conflictos bélicos, desde la Segunda Guerra Mundial hasta los más recientes en Irak (Guerra del Golfo de 1991 y Guerra de Irak de 2003). Por todo ello es destacable el nexo entre petróleo y la militarización, así como la exportación de sus productos de países de la metrópoli al resto de la región.

Abreviadamente, se podría destacar que donde había un pozo de petróleo, se sembró un Emir. Así, fue más fácil controlar el asunto por los países del Occidente.

Parece una exageración decir que los países solamente se construyeron para garantizar el control del petróleo. Pero durante la Primera y Segunda Guerra Mundial y en adelante, el petróleo ganó tanta importancia que Anthony Eden, Secretario de Relaciones Exteriores de Churchill dijo en 1956, poco antes de la acción militar inglés-francés-israelí para ocupar el canal de Suez, a Chruschtschow: «Respecto al petróleo, le digo francamente que pelearíamos por ello. No podemos vivir sin petróleo» (El Precio. Daniel Yergin, Fischer Verlag Frankfurt 1991. Pág. 608).

Lo mismo declara Jimmy Carter, expresidente estadounidense y ganador del Premio Nobel de la Paz en 1980: «Cualquier intento de parte de otra fuerza de obtener el control del Golfo Pérsico, será considerado como ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos y será rechazado por todos los medios necesarios, incluyendo los militares» (El Precio. Daniel Yergin, Fischer Verlag Frankfurt 1991. Pág. 865).

Esta parte relativa al tema petrolífero, se extrae de la Ponencia presentada por Bahram Ghadimi de Irán, en el Foro Internacional: Petróleo, Derechos Humanos y Reparación Integral, llevado a cabo en la ciudad de Coca (Puerto Francisco de Orellana), Ecuador. —Publicada en RESISTENCIA de diciembre 2006— RED OILWATC

En cuanto al tema fronterizo, las fronteras se cambian siempre. Existen muchos planes para estos cambios: La leyenda dice que la tierra prometida ERETZ abarca el territorio desde el río Nilo hasta el río Éufrates en Mesopotamia. Pero los ideólogos capitalistas no se limitan a un solo plan. Todo ello ha dado lugar a multitud de tesis y planteamientos ideológicos expuestos en diversos Congresos Internacionales.

La temática de *La Estrella del Desierto* suaviza y media estos contextos, representando el progreso y la ecuanimidad en la honradez y fortaleza de sus hombres del desierto. Este progreso intrínsecamente unido a sus legendarias tradiciones, estará simbolizado en la gran figura del gran Caíd Omar Said y, por otra parte, en la del gran Emir Hussein, quienes ostentarán el poder y la sabiduría, gozando de una justa y merecida fama de grandes y admirables hombres, de una raza gloriosa y dignificada en ellos, como plausibles representantes de su linaje.

El contrapunto de la historia nos presentará una terrible rivalidad entre dos Emires. Al mismo tiempo, un joven y carismático líder consigue unir bajo su mando diversas tribus de beduinos del desierto.

En una cruenta batalla, donde regirán dos espadas de doble filo, la del Emir Hussein y la del traidor de su hermano Mâred, quien intentará arrebatárle el Emirato, provocando una gran rivalidad en el campo de batalla, será cuando un joven y carismático líder consigue unir bajo su mando diversas tribus de beduinos del desierto. Este episodio será decisivo en la obra, ya que en Yasmine cobrará forma la expresión de «Cuando acabe la campaña, solo se hablará de la victoria». Entonces, la heroína cobrará forma en leyenda, convirtiéndose así, en la Estrella del desierto.

Un breve reflejo de la obra quedará simbolizado en los imponentes ojos del Caíd y la despampanante mirada de Yasmine, reflejándose ambos sobre el saciante desierto que los acariciará y protegerá durante toda su admirable historia. Sus sombras, cobraban vida con su presencia. El agua del Oasis rodeada de palmeras, reflejará tan intensas y majestuosas percepciones.

La arena del desierto con su color dorado, iluminará constantemente la calidez de sus rostros. El Palmeral les protegía del sol con su dulce rubor, siendo sombras mucho más que agradecidas. El Oasis les aportaba la magia que necesitaban tras quedar la flamante mirada del Caíd y de Yasmine reflejada en su agua.

Entonces, la entrada de la casa de Alá les dio la bienvenida a ambos. Se unirían en una espiral que venció al tiempo y a la historia de una princesa del desierto que desafió a todo un pueblo, una raza, una estirpe de nobles, valientes y admirables guerreros que pasaría a formar parte en el libro de su historia, de modo que cuando sus descendientes admirasen la constelación, conociesen mejor la historia de aquella hermosa mujer que cambió la historia de su pueblo, el destino de su vida. Era y sería por siempre, la estrella del desierto, alumbrando por los siglos de los siglos a toda una estirpe de nobles guerreros, de honorables personas, de excelentes y dignos discípulos de su historia.

La Estrella del Desierto tiene la esencia de las mil y una noches, es una historia concatenada en relatos consecutivos que inician los ancestros tanto de una raza admirable por su fuerza, atractivo y valerosidad representado en la estirpe del gran Caíd Omar Said, así como la ascendencia de su esposa, la madre de nuestra protagonista y heroína, Yasmine, cuyos ancestros están representados en la figura del Emir, su abuelo.

CAPÍTULO I

ANCESTROS

Ya asomaba por detrás de las majestuosas dunas la primera claridad de un nuevo día. Pronto los primeros rayos del sol se posarían sobre el impresionante campamento del gran Caíd Omar Said. Estaba ubicado en un lugar hermoso del inmenso desierto que los envolvía con su magia y esplendor, acaeciendo cada amanecer el despertar de una nueva historia. El primero en instalarse y descubrir tan singular belleza fue su abuelo. Más tarde lo engrandeció su hijo Abbas, padre de Omar.

A través del tiempo, el campamento fue adquiriendo una gran importancia y el hallazgo de petróleo en una parte de sus territorios hizo que adquirieran muchísimo poder, ampliando con ello vastos dominios y convirtiendo su poblado en una tierra próspera y de esplendoroso porvenir.

A través de todo ello, se expandieron grandes territorios a los cuales incorporaron sus habitantes sus costumbres, tradiciones, tareas habituales que provenían de sus ancestros. Y así sucesivamente, vieron como a través de los años se convertiría en un exquisito y admirable territorio que se ampliaba a cualquier rincón donde su visión abarcaba un esplendoroso pasado y un prometedor futuro.

El lugar, propiciaba encuentros entre mercaderes de diversas zonas de su territorio, progresando agigantadamente a través de los hombres que día a día cultivaban sus dominios.

Puestas de sol incandescentes y amaneceres rodeados de espectaculares bolas de fuego que unían sus tonalidades a la fiereza del color del desierto, descansaban sobre el apacible y mágico oasis que fue testigo de la vida de todos sus habitantes.

Abbas compró una gran casa pensando que su hijo preferiría vivir en la gran ciudad, más no fue así. Omar Said amaba demasiado el desierto para alejarse de él. Así que, después de agradecer a su padre sus buenas intenciones, le hizo ver que jamás dejaría este mágico y único lugar. Omar estaría ligado a él durante toda su vida, su ser formaría una conjunción perfecta con su territorio, con su gente, con su familia, con todo lo habitable en aquel lugar que daría mucho de qué hablar a través de los siglos, por su esplendor, por su leyenda.

Abbas interiormente agradecía a su hijo tal decisión, pues para él lo significaba todo, aquello era su vida. Su querida y amada esposa reposaba en un lugar privilegiado del oasis, en el jardín más bello. La madre de Omar Said, hacía unos años que había fallecido. Se llamaba Rania y era poseedora de grandes cualidades; centró su vida en su familia, en su pueblo, en su perfecto cometido al lado de Abbas, siendo su mayor apoyo. Su elegancia y discreción, permaneciendo siempre en un discreto segundo plano, junto con su inteligencia que algún día heredaría su nieta y, su saber estar, serían sus mayores cualidades.

Abbas creyó que había llegado el momento de tener una conversación con su hijo. Padre e hijo tenían que hablar. Se trataba del futuro de Omar Said y así, un buen día, sentados tranquilamente el uno frente al otro, hablaron con el corazón. Abbas adivinó ante los argumentos de su hijo que este no quería alejarse del palmeral ni instalar su casa lejos de allí, veía que el joven adoraba el desierto; aquello era su hogar, lo idolatraba con gran fervor, al que quería dedicar toda su vida.

Abbas guardaba silencio ante las sinceras y vehementes palabras de su hijo. Cuando Omar Said se dio cuenta que solo hablaba él, pidió disculpas a su padre; este con gesto bondadoso, le dijo:

—No te preocupes, los dos a la vez no podemos exponer nuestras ideas. Verás, Omar, me haces sentir el hombre más feliz del mundo al saber que no quieres alejarte de aquí. Más por mi parte sería muy injusto que no tuvieras la educación que te corresponde. Tú eres el único heredero de todos mis bienes. Deseo todo lo mejor para ti. Pienso que tu educación sería más completa en el extranjero. Viajarás por el mundo. Harás buenas amistades y te relacionarás con personas muy interesantes. Lo mismo que el desierto no tiene secretos para ti, tú sabes la historia de tu país, de sus gentes, lo que piensan... No obstante, ha llegado la hora que echés a volar y descubras el ancho horizonte que existe más allá del nuestro.

Y así fue como Omar Said se convertiría en un hombre culto y sabio. Poseía una inteligencia fuera de lo común y eso haría que la fortuna que heredó de su padre se multiplicara mucho más. Pero él nunca dejó de ser esa persona noble y generosa que era. Daba trabajo a muchísimas personas. Sabía escuchar y ayudaba muchísimo a su gente. En su campamento no tenía cabida la envidia ni la mentira. Ya se encargó él de que así fuera. Su gente le estaba muy agradecida. Se trabajaba duro, pero tenían su recompensa. Sus hombres sentían verdadero orgullo de trabajar para él, el gran Caíd. Le admiraban y le querían muchísimo, era su ídolo, convirtiéndose en su referente; todos querían ser como él, aunque no ostentasen su condición social.

El hijo del Caíd Abbas, se había convertido en todo un hombre. Su impresionante físico, lo convertía en la sombra y a la vez en la luz del desierto, de su oasis, siendo el referente de cualquier hombre que rozara la perfección. Su imponente presencia se completaba con sus fascinantes ojos negros, siendo éstos como la noche, de mirada penetrante, con la iluminación que atrapaba de la luz que desprendía de los mismos; era una mirada felina; su seductora sonrisa, con unos dientes blanquísimos, envolvían su imponente voz, que atrapaba desde el mismo momento en que se escuchaban sus sabias palabras. Su pelo negro algo rebelde y su voz profunda

hacía enloquecer a las mujeres, siendo como un dios y un gran referente para quien lo quería bien, que eran la mayoría, pues todos eran conocedores de su gran bondad y corazón.

En las altas esferas de la sociedad, su presencia se hacía indispensable. Tanto aristócratas como grandes fortunas europeas, así como de otras partes del mundo, lo hubieran querido como yerno. Si Omar Said hubiera sido un ególatra y más holgazán le hubiera encantado asistir a tanta fiesta como se le invitaba, más él, hombre inteligente y gran conocedor del mundo, adivinaba las intenciones de muchos y no le interesaba la vida despreocupada ni el libre albedrío al que se dedicaban muchos. Conocía a muchas mujeres, algunas realmente bellas, más no hasta el punto de comprometerse con alguna de ellas. Era un gran seductor, pero él sabía emplear las palabras justas, para dejarlas en buen lugar y eso las halagaba mucho. Él no las defraudaba nunca, a pesar de declinar las intenciones de las mismas, siempre era respetuoso y todas le guardaban admiración y el afecto como si se tratase de un hermano.

Los pensamientos íntimos de Omar Said, le llevaban a la conclusión de que aún no había encontrado a la mujer que ocuparía su vida y su corazón.

Lo mismo que su padre nunca quiso abandonar el oasis para vivir, Omar Said tampoco lo quiso hacer a pesar de tener tantas posesiones. Tenía mansiones espectaculares en varios lugares de increíble belleza, más él repetía: «Como la luz del desierto ninguna, con la claridad de sus amaneceres y bajo el techado cielo estrellado de sus noches. Todo ello es lo más grande para mí. No existe otro lugar en el mundo como este, no tiene rival, por lo tanto, mi sitio está aquí. Este será mi hogar para siempre». Y, de este modo, lo dejaría atestiguado en el libro de sus días y de su historia.

Por su posición y múltiples negocios, tenía que viajar continuamente. A veces tenía que hacerlo a países lejanos, otras su destino era más cercano, como lo sería en esta ocasión. Visitaría Egipto, como tantas veces ya lo hiciera. Además, le fascinaba este país.

En una de las que prometería ser una calmada, serena y discreta velada, cenaría en uno de sus restaurantes favoritos del Cairo, donde la plateada luz de la luna se recreaba y se bañaba en el mítico Nilo y las luces del restaurante se reflejaban en sus aguas. Entonces, le sorprendieron unas voces suaves y alegres... Disimulando, miró de dónde provenían y vio en una mesa cercana a la suya a unos jóvenes, chicos y chicas, ensimismados en una típica tertulia de amigos; sonrió él entonces, pensando que hablarían de sus respectivas cosas. Le dio la sensación de que celebraban algo, más eso carecía de importancia. Al fijar su mirada en una muchacha muy joven, su presencia hacía desaparecer a las demás; detendría aquel momento durante toda su vida; fue más que una visión de las aguas que le susurraba el Nilo, más que un consejo que le transportaba desde su Oasis, más real de lo que sus fascinantes ojos podían contemplar en todo su esplendor. Era lo más hermoso que contemplaría durante toda su vida. Su mirada y todo su ser se volcó en aquella joven en particular, no podía apartar sus ojos de la misma; no sabía si era un sueño o una realidad que alumbraban las estrellas de los astros egipcios en plena noche en todo su esplendor. Dicha señorita era poseedora de un hermoso rostro, tan perfecto que parecía ser casi irreal, no pudiendo existir criatura más bella, más perfecta. Ella se dio cuenta de la mirada de Omar Said, sus ojos y su esencia desde cierta pero corta distancia la acariciaban en la suavidad de la brisa nocturna, percibiendo ambos desconocidos una sensación especial que los envolvía. Los abrumadores ojos de aquella joven no podían tampoco apartarse de los hermosos ojos de aquel, por entonces, desconocido hombre. Fue entonces, cuando sus miradas se cruzaron y ambos quedaron como hechizados. Era una noche mágica, las estrellas se aliaron para que el Nilo fuese testigo de cómo ambos unirían a partir de aquel instante sus vidas para siempre, aunque aún faltarían unos meses para cumplir con el esperado designio que el destino tenía deparado para ambos.

Al día siguiente, Omar Said, una vez terminado su trabajo en la bella capital egipcia, volvió al palmeral, más no podía quitarse de

la cabeza a la bellísima joven. Aquella noche en el Cairo, estuvo a punto de acercarse a la mesa donde ella estaba, más se contuvo; no podía ir por ahí diciendo que era el Caíd Omar Said. Sí, estaba escrito en las estrellas el que ellas fueran las encargadas de unirlos.

Sus hombres le sacaron de estos pensamientos, pues tenían que consultarle varias cosas para que él diera su aprobación y se metiera de lleno en sus quehaceres.

Pasado un tiempo, recibió una llamada del gran Emir Hussein, donde le comunicaba que, en cuanto pudiese, fuera a hablar con él.

Nada más puso en orden sus cosas en el palmeral, acudió a la llamada del Emir. Al encontrarse, se saludaron con cierta cordialidad ya que el padre de Omar Said siempre mantuvo una relativa amistad con el Emir por asuntos de negocios; además, eran afines en diversos aspectos. Amistad que siguió manteniendo su hijo tras la muerte del Caíd Abbas.

La entrevista se prolongó más de lo esperado y quiso invitar a Omar Said al almuerzo. Este, agradecido, aceptó la invitación. El Emir estaba al corriente de todo lo alcanzado por el «Gran Caíd» —así era como le llamaban los demás caídes—, que era como el jefe de todos. Sabía que poseía una gran inteligencia, era justo y noble de corazón; por todo ello, disfrutó de su presencia durante la comida.

A las preguntas del Emir, el Caíd respondía con brillantes respuestas. Luego los dos hombres pasaron a un saloncito para saborear un exquisito café.

—Omar Said, me he permitido que mi hija Laila nos acompañe...

—¡Excelente idea! —respondió Omar Said— A sus otros hijos sí los conozco, pero a su hija no tengo ese honor.

De pronto, apareció Laila, la hija del Emir. Su corazón le dio un salto: tenía ante sí a la bellísima joven que vio en aquel restaurante

del Cairo. Levemente, casi no podía articular palabra, a ella le ocurría lo mismo. A duras penas, ambos disimulaban su turbación. El Emir se dio cuenta de ello y sonriendo les dijo:

—Éstos jóvenes... ¡Hay que ver...! En fin... —y no le dio más importancia...

Entonces, le presentó a Omar Said diciéndole:

—¡Me complace presentarte a mi hija Laila! Laila, este es el Caíd Omar Said, el hombre más fuerte del desierto, a él nos unen muchos años de amistad con su familia...

Era la primera vez que Omar Said podía escuchar cercanamente la suave y a la vez segura voz de la princesa, quien lo miraría ruborizada y al mismo tiempo directamente a los ojos.

—¡Encantada de conocerle, Caíd!

—¡Llámeme Omar, por favor! Hace muchos años que a nuestras familias las une una cierta amistad y les tengo gran consideración.

Ninguno de los dos podía apartar sus respectivas miradas y de esta manera empezaría su historia de amor.

A partir de ese día, Omar Said siempre buscaba tiempo para acercarse a la gran ciudad y Laila ahora siempre tenía cosas que hacer fuera de palacio, eso sí, siempre iba acompañada por su fiel y buena amiga Fátima.

Omar Said se daba cuenta que su proceder no era el correcto. Laila se exponía demasiado, aunque el Emir y su familia eran muy queridos por el pueblo, entrañaba mucho riesgo. Además, el Emir no se merecía esa forma de proceder.

Por ese motivo, ambos aprovecharon cualquier evento u ocasión para conocerse mejor, viendo cada día que pasaba que estaban más unidos y seguros de sus respectivos sentimientos. Además, ambos compartían diversas aficiones, así como sus diálogos eran cada vez más frecuentes y alargaban cada encuentro sin ninguna prisa de alejarse el uno del otro, pues compartían muchas cosas. Tras diversos y amenos almuerzos y varios encuentros, estaban seguros que querían pasar el resto de sus vidas juntos. Conocerse era lo mejor que les había pasado en su vida.

En un encuentro, ambos tomaron la decisión de contarle la verdad al Emir. De hacerle saber el gran amor que nació entre ellos. Buscaron el momento oportuno. Cuando el Emir lo supo, montó en cólera, expresando:

—¡Jamás!, ¡nunca daré mi consentimiento! ¡Una princesa con el Caíd del desierto! Mi hija no va a morder la arena, a soportar el sol abrasador de ese lugar... De su palacio, es insólito que pase a una tienda de cortinas colgantes, de alfombras llenas de arena, rodeada de camellos, caballos... Por cierto, aunque sean los mejores. Por no nombrar a los fieros hombres del desierto. ¡Maldita sea! Jamás lo permitiré y es mi última palabra.

Ambos jóvenes guardaron silencio. Los dos sabían que su tarea sería muy difícil. ¿Cómo iban a tocar el corazón del Emir y convencerle? Además... ¡Con todos los pretendientes que tenía la joven! Príncipes, jeques... Pues su belleza era por muchos conocida.

Tanto Omar Said como Laila sabían que no renunciarían nunca a su amor. El Gran Caíd se despidió correctamente ante tal situación, comprendiendo que no era el momento, y salió de la estancia, regresando de inmediato a su campamento. Se sentía herido en su amor propio. Ciertamente era un Caíd, más no un Caíd cualquiera, era el Caíd entre Caídes; su educación nada tenía que envidiar a la de los hijos del Emir; es más, los superaba. Era poseedor de una inmensa fortuna, ya que esta abarcaba medio mundo y hasta poseía los mejores caballos, todos de pura raza árabe, que eran la envidia de todos. Todo eso unido al gran respeto que inspiraba su persona, tenía grandes y muy buenos amigos en las altas esferas de muchos países y sus hombres le hubieran seguido hasta la muerte. «Mi gente, se merece una vida digna y no voy a escatimar esfuerzos para que sea así». Era verdad, en el palmeral había mucho que hacer, pero el Caíd sabía recompensarles.

Así iban pasando los días y Omar Said se refugiaba en el trabajo, más sus pensamientos volaban al palacio del Emir, preguntándose para sí mismo ¿Qué estaría pasando allí? ¿Qué conversación habrían mantenido padre e hija? Él un hombre tan equilibrado, ahora

estaba inquieto y hasta nervioso. Deseaba saber algo de Laila...

Mientras, en palacio, en efecto, Laila había hablado con su padre y supo encontrar las palabras apropiadas y sinceras para que el corazón del Emir no pudiera negarse.

—Padre, yo sé que tu deseas lo mejor para mí. Sé que no te guía el interés material, a lo mejor sientes una cierta decepción debido a lo que tú eres y representas, pero dime, ¿qué me pueden ofrecer los que me pretenden? ¿Amor? Omar Said me ofrece el amor más grande... ¿Riquezas? él las posee y en abundancia; eso demuestra que sus sentimientos hacia mi brotan de su corazón. ¡Escúchame, papá! ¡Como su amor por mí ninguno! ¡Es mi vida!

Se hizo un silencio. Laila, expectante, miraba a su padre esperando a que se pronunciase y lo hizo con estas hermosas palabras:

—Hija mía, tu felicidad es la mía, pero él se lleva lo más querido de mi corazón, mi mayor tesoro. Ojalá que todos vuestros sueños se cumplan, ¡yo os doy mi bendición!

Por fin, Omar Said fue informado que en palacio reclamaban su presencia. El joven acudió de inmediato y, cuando tuvo delante al Emir, sus palabras fueron tan convincentes que el propio Emir —claro está, ya había tomado la decisión de acceder al gran amor que los dos sentían—, añadió:

—Ahora comprendo por qué te llaman el zorro del desierto...

El joven rió las palabras del Emir, continuando hablando este:

—Pero... ¡Hay de ti si no la haces feliz! Te encontraría aunque te escondieras, hasta debajo de las piedras... ¡Anda, ve! Ella te está esperando...

Omar Said fue en busca de Laila y la estrechó entre sus brazos. De sus ojos brotaron lágrimas de felicidad. Lo habían logrado. Había triunfado su amor. Otra historia más quedaría atestiguada en el libro de sus vidas.

El Emir sabía que había procedido con inteligencia y cautela. La elección de su hija era tan acertada que ni tan siquiera él mismo le hubiese concedido un pretendiente mejor. Al ser su única hija, al quedarse en las breves ocasiones que estaba solo, recordaba sus

ancestros y las mujeres de su vida. Su madre, su hija Laila, quien próximamente se casaría con el mejor de los hombres y, sobre todo, recordaba a su esposa Zoraida, a la que echaba muchísimo de menos.

Zoraida hacía gran falta en aquel Emirato, sobre todo al resto de sus hijos varones, Hamz , Ramsés y Firas. La madre de Laila había fallecido un tiempo atrás, poseedora de unos bellísimos ojos verdes y de un gran corazón, era muy querida por todos y así constaba en las estrellas.

Pasado un tiempo prudencial, se llevó a cabo la boda de Laila y Omar Said.

Omar Said era el digno representante de su raza; en su mirada se reflejaba la nobleza y serenidad, siendo totalmente turbador e impresionante su porte. Las mujeres evitaban dirigir su mirada hacia él aunque fuese de refil n, quedaban atrapadas por sus envolventes ojos. Puede que fuera el mayor delito que llegarían a cometer, pues sus ojos eran escandalosamente turbadores por su belleza y magnetismo. Era una mirada que imponía respeto en sus hombres y admiración entre su gente. En cuanto a su sonrisa, él solo la tenía para su Laila. En cuanto a ella, era sencillamente preciosa; una joven adorable, divina, rozaba la perfección.

El Emir, satisfecho con ambos, les hablaba con afecto y sinceridad...

—No tengo más que veros para darme cuenta de vuestra felicidad.

— As  es, padre! Omar Said es el amor de mi vida.

Le contestó Laila. Sus hermosos ojos buscaron a los de su amado. Omar Said, añadió:

—Ni en sueños, podía imaginar que existiera una criatura como Laila y comprendo vuestra actitud cuando os opon ais a nuestro amor, porque yo en vuestro lugar no s  si hubiera accedido, por eso mi gratitud para con vos será eterna.

El Emir se daba cuenta que el hombre que tenía ante sí era un hombre en todo el sentido de la palabra. Podía estar tranquilo. Sabía que su hija sería muy feliz.

El Emir prosiguió:

—Durante vuestra ausencia, encargué a Fátima que se hiciera cargo en todo lo concerniente de las cosas personales que te vas a llevar a tu nuevo hogar...

A Laila le pareció excelente, ya que Fátima era quien mejor la conocía. Fátima era una joven de edad parecida a la de ella. Era hija de unos grandes amigos y de toda su familia. La joven había recibido una esmerada educación. Ella pasaba largas temporadas en el Emirato. Las dos niñas se querían tanto que parecían hermanas. Laila quería mucho a sus hermanos, pero al ser chicos, en muchas cosas ellos no la hubieran entendido; en cambio, con Fátima lo compartía todo: sus secretos, sus sueños, sus anhelos. Confiaban plenamente la una en la otra.

En una de esas estancias de Fátima con la familia del Emir, sus padres, estando de viaje por Europa, el Emir recibió la triste noticia que sus buenos amigos habían fallecido en un trágico accidente. El Emir quedó conmocionado por la noticia. Pasados los primeros momentos, reaccionó; él tenía que comunicárselo a la joven, armándose de valor. Llamó a Fátima y, empleando sus mejores palabras, le dio la triste noticia. El Emir la rodeó con sus brazos y la consoló. La muchacha, quien era hija única, casi no se podía sostener, mas, las palabras y la actitud de aquel gran hombre con los brazos abiertos fueron su refugio.

—Llora hija mía, desahógate. Pero escúchame bien, no te preocupes de nada, desde este instante, ya formas parte de nuestra familia.

La muchacha tenía los ojos enrojecidos por el llanto, en su mirada se adivinaba su inmensa gratitud y, de esta manera, se quedó con ellos. El Emir también había tenido en cuenta que no podía separar a las dos jóvenes, por ese motivo, lo habló con Fátima, diciéndole que donde estuviera su hija, ella permanecería a su lado, hasta que ella formara su propio hogar. Laila se alegró mucho de tal decisión de tener a su fiel y gran amiga junto a ella en el campamento.

El Emir, siguió hablando:

—Claro está, si te parece bien—, dirigiéndose a su yerno; a lo que Omar Said contestó:

—En el campamento hay jóvenes muy leales que ayudarán a Laila, mas Fátima es como su hermana, ¿cómo vamos a separarlas? ¡Fátima se viene con nosotros! Y yo muy contento de que así sea...

Laila besó a su esposo llena de gratitud. ¡Qué tranquilidad y paz sentía el Emir al ir descubriendo la clase de hombre que era su yerno...!

Permanecieron unos días en palacio y, una vez que todo estuvo a punto, emprendieron el viaje hacia el campamento del gran Caíd. Padre e hija se abrazaron emocionados con el resto de familiares. Sabía que notaría mucho la ausencia de su querida hija, pero deseaba su felicidad. Ella también le echaría mucho de menos, diciéndole:

—Haré todo lo posible para visitarte muchas veces y tú vendrás al campamento siempre que tus obligaciones te lo permitan...

—Así será...

Besó, a continuación, el Emir a Fátima, diciéndole:

—¡Te extrañaré mucho a ti también! Más me alegra saber que las dos permaneceréis juntas como hermanas.

Luego, dirigiéndose a su yerno, le dijo:

—Te llevas mi mayor tesoro, ¡así que cuídala bien! Solo espero veros más a menudo...

A lo que Omar Said contestó:

¡Así la recibo, como un regalo del cielo! Y cuente conmigo siempre que lo necesite, gran Emir, sus consejos, así como su presencia siempre será una gran alegría en el Campamento.

Posteriormente, emprendieron la marcha hacia el palmeral. Nada más llegar, a Laila le pareció el paraíso. Omar Said la miraba de reojo para adivinar sus pensamientos; quería descubrir si en los ojos de su amada había algo que no le agradara, más lo que percibía era todo lo contrario, sus ojos reflejaban alegría, admiración; se la veía feliz.

El Caíd llamó a uno de sus hombres preguntándole si todo estaba dispuesto como él había mandado. De pronto, empezaron a escuchar una suave música típica del desierto, era un deleite para los oídos. Tomando asiento, el Caíd y su amada junto a Fátima, se sentían envueltos en el misterio del mágico lugar. Presentó a Laila a sus hombres de máxima confianza; luego les mandó retirarse, pues necesitaban del reparador descanso. Laila le agradeció la bienvenida.

Al atardecer, tendría lugar una gran fiesta a la que toda la gente del campamento estaba invitada. El Caíd quería que todos participaran de su felicidad. Después tuvo lugar la entrada en su tienda, la que ya era su nuevo hogar. Laila no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, era un sueño de las mil y una noches. Fátima, prudente como siempre, se había quedado atrás. Laila hizo que su amiga se pusiera a su lado y pudiera admirar la estancia. Parecía mentira que en medio del desierto pudiese existir tal refinamiento y buen gusto. Las maravillosas sedas, los cómodos divanes, las grandes alfombras, jarrones, una mesa preciosa de caoba y mármol verde como esmeraldas, perfumes, muchos perfumes que olían a violetas, rosas de Jericó, jazmines de Egipto... Laila había comprado en París muchos perfumes, pero Omar Said quería que su entrada en su nuevo hogar tuviera el aroma de sus auténticos perfumes. Hombre de mundo como era, buscó a grandes profesionales de la decoración para que lo renovaran todo, pues un hombretón como él, con sentirse cómodo ya bastaba, pero ahora llegaba su princesa y la cosa ya cambiaba. Todo había valido la pena. El resultado fue espectacular, digno de lo que el Caíd más amaba, su Laila. Las dos jóvenes se quedaron sin palabras, pues todo era un sueño, parecía casi imposible lograr tanta belleza.

La estancia de Fátima no quedaba muy lejos; era amplia y luminosa, decorada para una persona especial y muy querida. Omar Said quería que Fátima se sintiera feliz y cómoda. Laila asomó seguida de Omar Said, preguntándole a su amiga:

—Fátima, ¿de verdad, te gusta? Espero que estés cómoda.

La joven contestó:

—Señor, es demasiado para mí, ¿Cómo no va a gustarme?

Laila prosiguió:

A ver, tengo que dar mi opinión...

Lo miró todo con detenimiento y le dijo a su amiga:

—Le ponemos un diez, ¿verdad?

Y los tres rieron. Tenían que descansar, pues esa noche tendrían lugar la presentación de Laila como esposa del Caíd. Tras el descanso, Laila ayudada por Fátima, se arregló con esmero. Había llegado el momento.

Omar Said fue en busca de su esposa. Laila lo esperaba bellísima, como una diosa. Él, mirándola, le dijo:

—¡Qué hermosa eres!

Ella le sonrió. Él, cogiéndola por la cintura, la besó y salieron fuera.

Toda su gente les esperaba y todos quedaron admirados de la belleza de la esposa de su señor. Todos a una voz, gritaron:

—¡Viva nuestro Caíd y su bella esposa! Eres una princesa, pero aquí serás nuestra reina, ¡larga vida a los dos!

Omar Said sentía y agradecía el gran cariño que su gente le demostraba. Sabía que era verdadero.

Laila, emocionada, le susurró:

—Yo ya formo parte del desierto...

Él la atrajo hacia sí, diciendo:

—¡Estaba seguro de ello!

El banquete fue magnífico, no faltó de nada. Omar Said era tan feliz que quería hacer partícipe de su dicha a todos. Además, era una época en la que no hacía frío por la noche. Las estrellas brillaban de una manera especial, pero tenían que retirarse.

El Caíd, debido a sus importantes negocios, tenía por delante mucho trabajo.

A la mañana siguiente, Laila y Fátima recorrieron juntas una gran parte del campamento. Fátima también estaba feliz, apreciándolo como un lugar maravilloso para vivir, no añorando para nada la gran ciudad.

Esto tranquilizaba a Laila, que a veces pensaba si era egoísta por haberla traído a vivir allí.

Omar Said, siempre pendiente de Laila, le preguntaba a medida que transcurrían los días si era feliz en aquel lugar tan diferente a su anterior hogar; su respuesta era:

—¡Soy la más feliz del mundo! Esta claridad que te deslumbra, el respirar este aire tan puro, la lealtad de esta gente que todos te quieren y te respetan... Todo esto no se puede comparar con nada.

Y estas palabras de su mujer hacían muy feliz a Omar Said.

El Caíd era dueño de los mejores caballos que se conocían. Él y Laila daban grandes paseos a caballo. Siloh era el de Said. Juntos formaban un gran equipo, eran como dos personalidades en una sola. Siloh era su confidente en la mayor parte de decisiones que tomaba el Caíd. Said conocía el alma del animal como si de la suya propia se tratase. No era solamente un caballo más, sino su cómplice y quien le acompañaría hasta su último halo. Eran dos almas que galopando llegarían hasta lo más alto. Ni las estrellas alumbrarían su límite, pues estos dos juntos no llegarían a conocerlo. Juntos compartirían varios años de gloria, de esplendor. Se hablaban con la mirada, se entendían con el alma.

Después de presentarle a Siloh a su amada Laila, hablando de todas estas cosas, ella le dijo:

—Es un ejemplar precioso... ¿Echamos una carrera?

—¡Vamos...! contestaba él. No le podían pedir nada más a la vida. Su dicha no tenía fin.

Su felicidad aún fue mayor cuando les nació su hija, a la que llamaron Yasmine. El Caíd organizó grandes festejos. La noticia le fue comunicada al gran Emir; este anuló todos sus compromisos y presuroso, llegó con toda su familia al oasis para conocer a su nieta. Se le dispensó un gran recibimiento que él agradeció, pero resaltó que lo importante era su nieta, que nada más notificarle la feliz noticia se puso en camino. Todos sus compromisos quedaron en un segundo plano, lo más importante para él eran su hija y su nieta. Sus ojos brillaban de emoción cuando tuvo en sus brazos

a la recién nacida, a su pequeña Yasmine. Miró y sonrió a su hija, pronunciando estas palabras:

—¡Hay que ver este ser tan pequeñito que tengo en mis brazos! ¡Ya me ha robado el corazón! Estoy seguro que nos unirán muchísimas cosas en común, más que el hecho de ser abuelo y nieta, respectivamente. En ella veo algo de mí, es una sensación indescriptible... O por lo menos, las estrellas así me lo han anunciado en sueños... Pero hija mía, querida Laila, no me hagas demasiado caso, solamente me ha recordado a ti cuando te tuve entre mis brazos. Son sentimientos de un viejo emocionado, aunque estoy seguro que Yasmine, algún día, de algún modo inexplicable, seguirá mis pasos... ¡En fin, sigamos disfrutando del festejo y de nuestro reencuentro!

Laila se acercó a su padre y le besó agradeciendo tanto amor. Pasado ese momento de emoción, el Emir puso a Yasmine en los brazos de su yerno el Caíd, diciéndole:

—Toda tu gente está afuera, preséntales a tu gran tesoro, ellos así lo esperan.

Así lo hizo Omar Said, llevando a su hija en brazos y junto a Laila, levantó a la pequeña:

—Aquí os presento lo más grande para mí, junto a mi esposa. No existen tesoros de más valor que ellas dos. Me considero el hombre más feliz del mundo.

La gente ya no se pudo contener y todos gritaron:

—Yasmine será nuestra princesa, ¡viva Yasmine!

El Emir no cabía en sí de gozo, dándose cuenta de que esa gente de vida tan dura que tenían que luchar y hacer frente ante tantos peligros que muchas veces les acechaban, de apariencia hasta ruda, eran los más fieles que podían existir, darían la vida por su Caíd, y eso enorgullecía al anciano. Se sentía tan a gusto, que permaneció unos días más allí, quería disfrutar de su nieta. Siempre la quería tener en sus brazos, cosa que nunca había hecho con sus hijos, ni los demás nietos, aunque a Laila en ocasiones, si la cogía en sus fuertes brazos, dando paseos por los jardines de palacio. Quería

por igual a todos sus hijos, pero por Laila sentía debilidad; ello se podía entender, era su única hija, su niña, su ojito derecho, su luz.

Laila, ayudada por su fiel Fátima, crio a la niña, que era preciosa. Laila y Omar Said tocaban el cielo en su dicha. A Omar Said se le hacía muy penoso tener que ausentarse por motivos de trabajo, ¡cómo había cambiado su vida! Antes marchaba contento y con ilusión, sabiendo que, en su ausencia, todo estaría bien; confiaba ciegamente en sus hombres, más ahora todo era diferente, ya que allí quedaban sus dos grandes amores.

A Laila también se le hacía muy largo el tiempo que Omar Said estaba ausente, pero la verdad es que el regreso era el encuentro de dos corazones que no podían vivir el uno sin el otro.

Mas el destino cruel ya se encargaría de poner fin a esta maravillosa historia. Y ocurrió que, cuando la pequeña Yasmine contaba con muy pocos años, Laila, su madre, enfermó de una enfermedad desconocida. La atendieron los mejores especialistas, hasta del extranjero, mas nada se pudo hacer para salvarle la vida y falleció a los pocos meses.

Omar Said no podía dar crédito a lo sucedido... Estaba destrozado; no podía asimilarlo:

—¡No! ¡No puede ser verdad...!

Iba como ausente en el campamento. No quería que nadie le molestara, ni hablar con ninguna persona para nada. Días y días sin comer ni dormir, encerrado en sus aposentos con la simple compañía de su soledad. Su mente estaba bloqueada. Sus hombres estaban asustados, porque nunca le habían visto en aquel estado; estaban seriamente preocupados.

Fátima fue la única que, sacando fuerzas de donde no tenía, cogió a la pequeña Yasmine y se dirigió donde sabía que estaba el Caíd, la manita de la niña le infundía valor para dirigirse a Omar Said y con su voz dulce y algo trémula, le dijo:

—¡Señor, perdóneme! Ya sé que no quiere que nadie le moleste, pero, humildemente, le suplico que, por su hija, solo por ella, tiene que vivir y sobreponerse. Entiendo perfectamente que su corazón esté

desgarrado, roto de dolor, pero mire a su hijita... La niña, aunque es muy pequeña, pregunta por mamá, añora su presencia... Comprendo y comparto el dolor que le embarga, mas también sé que usted es un hombre fuerte. La niña no le puede ver hundido y triste. Ella le necesita tanto como usted a la pequeña, más de lo que imagina...

Las sabias palabras de Fátima hicieron reaccionar al hombre, que aún hundido en el recuerdo de su esposa, alzó la mirada hacia ellas, fijándola fuertemente en los ojitos de su hija y abrazándola fuertemente, Omar Said, le dijo a la mujer:

—Es verdad todo lo que me dices y en todo llevas razón, más solo te pido que me dejéis unos días, necesito estar solo... Por favor, Fátima, te pido que te ocupes tú de la niña. ¡Confío plenamente en ti!

—¡Así lo hago señor...! Puede estar tranquilo. Yo siempre permaneceré con vosotros...

Al cabo de unos días, volvió el Caíd, un poco más en sí mismo. Entonces, llamó a Fátima y le dijo:

—Gracias por tu fidelidad y cariño hacia nosotros. Ninguna expresión es lo suficientemente cálida ni agradecida para expresar mi gratitud hacia contigo. La verdad es que, sin ti, hubiese sido muy difícil pasar todo este tiempo. La ausencia de Laila ha sido lo peor que me pudiese pasar en esta vida, pero comprendo que tú y, sobre todo, Yasmine también la necesitáis... Estos días he pensado mucho, tenía que aclarar mis ideas y he llegado a la conclusión que nadie como tú puede estar al lado de mi hija para que la cuide y la eduque. Ese sería el deseo de Laila, así como igualmente el mío. En todo caso, comprendería que tú quisieras dar un giro a tu vida y estarías en todo tu derecho, el alejarte de aquí y hacer tu propia vida... Ahora es el momento de que hables. Entenderé perfectamente la decisión que tomes y la apoyaré como siempre... Piénsalo bien, tomes la decisión que tomes siempre tendrás mi gratitud y respeto.

La mujer guardó silencio. Pasados unos instantes añadió:

—Señor, es la mayor alegría que he tenido en mi vida, el poder estar junto a Yasmine. Temblaba solo de pensar que me tuviera que

alejarse de ella. Mi vida lejos de aquí no tendría sentido, soy yo quien le estaré siempre agradecida.

Omar Said vio que había tomado la mejor decisión ante las palabras de Fátima. Podía estar tranquilo.

CAPÍTULO II

SALTO EN EL TIEMPO

Con el paso del tiempo, Yasmine, se había convertido en una bellísima joven. Sus cabellos eran negros como el azabache, sus grandes y hermosos ojos eran verdes como dos esmeraldas, recordando a los de su abuela, Zoraida, la madre de Laila y esposa del Emir Hussein. Su ovalo era perfecto; su sonrisa, cautivadora; era alta y esbelta: toda ella rozaba la perfección. Además, poseía un carácter alegre, sentía adoración por su padre y para él su hija era su vida, vivía por y para ella. Era hermosa por dentro, por fuera y encima poseía una gran valentía, astucia e inteligencia.

Con el paso de los años, en algunas ocasiones, los amigos del Caíd le habían insinuado que rehiciera su vida con otra mujer, puesto que candidatas no le faltaban, hubiera sido un sueño para ellas casarse con el gran Caíd, ya que aparte de su inmensa fortuna, se unía su impresionante físico. Era un hombre irresistible, su presencia lo llenaba todo, poseyendo una mirada tan escandalosamente cautivadora, feroz y admirablemente imponente que enamoraba con tan solo mirarle directamente a los ojos. De tal modo que las mujeres suspiraban por él, más a Omar Said jamás se le pasó por la cabeza volver a casarse, ya que su corazón siempre pertenecería a su amada y recordada Laila; su lugar no lo ocuparía jamás ninguna otra mujer. Por otra parte, nunca le hubiera impuesto a su hija tal presencia. Yasmine tenía junto a ella a Fátima, la mejor; ella sí que quería a su hija como si fuera la suya propia. Todo era perfecto.

La joven era muy feliz. El desierto no tenía secretos para ella. Su padre, desde muy pequeña la enseñó a montar a caballo. No por ser mujer había dudado en enseñarle a defenderse por sí misma, a ser valiente.

Yasmine era muy dichosa, no era nada ambiciosa, al contrario, su padre la enseñó a ser generosa, saber compartir con los que no tenían tanta suerte y la vida les era más dura; por eso, su gente la adoraba, siempre tenía palabras amables con todos, compartía parte de su tiempo con ellos, se interesaba por sus asuntos y sabía hacerles sonreír. Ella siendo una princesa de verdad, se ponía al nivel de ellos, como si fuese una más de ellos, puesto que así los consideraba en su corazón. Su pueblo, el palmeral, formaba parte de ella.

Se acercaba la fecha de su cumpleaños y su padre buscó la ocasión para hablar con su hija. Él la invitó a tomar asiento para mantener una conversación relativa a dicho asunto:

—Oye, Yasmine, estoy pensando que dentro de muy poco es tu cumpleaños, me gustaría regalarte algo muy especial, algo que te haga ilusión... Trajes, perfumes, hacer un viaje... En el mundo existen lugares espectaculares que podríamos visitar.

La joven guardó unos segundos de silencio como si estuviese pensando en dicha elección. No obstante, ella ya hacía tiempo que había escogido su regalo. El Caíd, su padre, se estaba impacientando a medida en que pasaban los minutos en completo silencio:

—Vamos, hija, ¡habla!

—Es que me cuesta decidirme...

—No pensarás que te baje una estrella...

—Padre, ¡qué cosas tienes! Pues sí, ya hace tiempo que la he escogido y es terrenal...

—¡Ah! ¡Menos mal! Porque tienes cada idea... Pero dímelo ya, que estoy en ascuas... Que se le habrá ocurrido a esa cabecita...

—Pues verás, papá, tienes unos preciosos caballos, los mejores, que son la envidia de todo el mundo, me gustaría que me regalaras uno de ellos.—Ah, muy bien, ¿tienes un buen abanico para escoger...! Mira yo creo que el mejor para ti sería...